

SEMBLANZA DE XENPELAR



OLIBO DE A. VALVERDE

SANTIAGO AIZARNA

EN el quicio de la puerta—por ahí anda el viento bronco y salvaje que cantonea rumoroso por la calle Santa Clara—Muxarro le da a la yesca y enciende la enésima pipa blanca de barro cocido que puede mellar los dientes. Xenpelar, pausado, le espera. Desde la entreabierta ventana de la casa, una oficiosa mujer que nunca falta en las biografías de los **bertsolaris** otea sobre ellos con mirada de lechuza. La tarde está vencida y ha terminado la jornada laboral en «Eun-Ola», la Fábrica Grande. Todavía resuena la algazara de los obreros cuando han oído cómo, una vez más, Xenpelar y Muxarro se intercambiaban sus **bertsos**:

*Aizak i, mutil mañontzi,
nagusiari goraintzi;
ez al-akiken or pipa artzia
ez zala lizentzi?*

Juan Frantzisko Petrirena «Xenpelar» y Bixente Retegi «Muxarro» son amigos. Una amistad que se consolida más allá de los muros de la fábrica en donde ambos trabajan, que se afianza en ese caminar juntos por las calles renterianas de más íntima cadencia y susurro, que se regaza en alguna de las muchas sidrerías cuya ruta conocen como avispados navegantes. En Madalen-kale—una casa para la memoria huérfana, refugio insondable en donde el corazón del hombre se aduerme, reminiscencia del caserío Eula donde vibra aún el compás agitado de su juventud—a Xenpelar le espera la presencia de su mujer Mari Joxepa y de sus tres hijas, pero él, como buen **bertsolari**, prefiere callejear; contemplar cómo la noche va cayendo lentamente como un león fatigado en las sombras que van a dormir en los quicios de las calles; asom-

brarse de ver, una vez más, cómo transcurre esa mutación de esa raya del cielo que va tornándose del oro al amaranto y al índigo; observar de qué manera tan salaz y traviesa va el viento levantando las faldas de las mujeres, dejando a la vista las sufridas basquiñas que invitan al recato... Por las calles de la Rentería fabril, el paso de los dos hombres es una letanía de rumias inconscientes, de caminos andados que nuevamente resucitan...

Unas sonoras rimas tabalean en la mente de Xenpelar, viejos conjuros de estremecidas cadencias populares que no sabe de dónde le nacieron. ¿Acaso del poderoso aliento del pueblo que escoge él mismo a sus héroes? ¿De qué remotos ancestros que nunca tuvieron el don de la improvisación y el genio de la ironía? ¿Qué sutil metempsicosis se ha operado en su interior? Por la alta calle de la melancolía por donde caminan, los dos amigos, los dos penetrados aunque a nivel distinto por el don insigne de enyugar palabras, van dejando una estela de recuerdos vagarosos...

Ahí, en la contraesquina de la plaza, la imagen de un Iparraguirre bohemio, **alproja bizardun**, que le invita a formar pareja artística y le habla de inadaptaciones musicales y que oirá a continuación el reto más vivo que nunca nadie se atreviera a formular al creador del «Gernikako Arbola»:

*Atoz gure kalera
baserritar legera
musika oyek utzita...*

Por la parte de Lezo, las **erronkas** disparatadas de Juxto y de Lonjinos y un memorable **Santa Cruz Eguna** en el que la blasfemia **bertsolarística** penetra y resuena en sus oídos:

*Neguan otzak eta
udan txingurriyak
orbela ta zipotza
denak ziyatuak...*

de Hernani, Patxi Bakallo le envía también su desafío, hilado en generosidades:

*Iñork baldin badaki
Oyartzun'go berri,
eskumuñak Ardotxi'i
eta Xenpelar'ri...*

Una jocosa noticia ha surgido, **Santiago-egunez**, en la plaza de **San Juango Pasaian** y al bertsolari le han nacido las gozosas estrofas que luego serán alimento y pasto de cantantes:

*Pasayako erritik
dator notiziya
zezen bat izan dala
jeniyoz biziya...*

ahí en el trazado del ferrocarril del Norte han aparecido los **musius** franceses y a Xenpelar se le han ocurrido unos **bertsos** chispeantes, satíricos, nacidos desde la observación continuada:

*Frantzesaren idea
beti aldrebes,
gaur lau baldin baditu
bizar baterez...*

pero en el arco fabuloso del prodigio **bertsolarístico** renteriano, bullen otros mitos, otros personajes, otros sucesos, otros fenómenos... Por ahí, por la **gainbera** de Jaizkibel rueda el encanto de las **sorgiñas** que se airean al soplo venusino de la luna; por la otra parte, por las alturas de la regata que ha bajado solapada y tenue al río Oyartzun, refrescan sus carnes opalinas las **maitagarris**; y un aura de cálido aroma transita por las avenidas de la memoria y cuando Muxarro sugiere que en casa de Patxi, en Goiko Kale, han abierto la sidra **al txox**, un efluvio dionisiaco ha recorrido el cuerpo de los dos **bertsolaris** y a Xenpelar le alumbran los **flash backs** de cuando en Txiki-Erdi, en Oyartzun, hizo de cronista de la reunión, cuando en aquella ocasión memorable ocho bertsolaris de la más Alta Academia del Bertso se reunieron en torno a una tortilla de bacalao, con su **bixigarrri** invitando a la sidra **kaskariña** y chisporroteante. En un **bertso** de nueve puntos, en la misma medida rimada y rítmica con que cantó a la pobre vaca bretona, el amanuense **bertsolari** da relación cumplida, con pelos y señales, de los presentes:

*Panderiyako onek
memoriya erne;
Lexoti'k jartzen digu
zerbait umore;
txarrik ezin bota du
Ibarre'k naitare
—nik oyekin ezin det
luzitu batere—
Xorrola dotore:
baita Bordondo're;
Ardotx paregabe;
Arotxa kantore...
Larraburu jartzen det
gobernadore.*

Unos **bertsos** han nacido del numen fantástico de un hombre singular, de este Frantzisko Petrarena que, como tantos otros nacidos en caserío, perdió su propio nombre y adquirió el de éste. Mañana, cuando el astuto cazador camine por el bosque en busca de su presa, tarareará la música pegadiza y los decires galanos; de igual manera el labrador que cultiva la tierra con energía siempre renovada; y con el sonsonete de los bertsos brezará el sueño del nieto la **amona** capitular y mayestática que ha visto pasar generaciones a través del puente de sus brazos; mañana, alguien se sentirá herido por la crueldad de la guerra y entonará a ritmo pausado, sentido y nostálgico, la elegía de una raza que periclitó:

*Iya guriak egin du,
ba-degu zeñek agindu...*

mañana, cuando los surcos del tiempo vayan recorriendo los mismos ciclos que en el pasado año y llegue la **garizuma** que es el momento de la reflexión interna, la época en que el alma surge de los desposorios de la carne, dentro del euskaldún genuino empezará la procesión de las quimeras espirituales desde la visión apocalíptica del Juicio Final en las imágenes tremendas del poeta rural:

*Itxasua su, eguzkiya illun,
illargiya odolak artu,
lurrak ikara eta gañera
irriyo danak agortu
munduko gauza baliyosyak
erre ta ikatz biyurtu...
Pekatariaak, umil gaitezen,
ba-da zerekin bildurtu.*

mañana, cuando recorra el cielo la **zeta** eléctrica del rayo y retiemblen los cielos con el trepidar horrisono del trueno, se encenderá la vela conjuradora en el caserío y se recordará la épica biografía de la hija del Rey de Bitinia, la legendaria Santa Bárbara de evocación tantas veces resucitada en los **bertsos** de Xempelar:

*Esan biar det nola izan zan
gizon orren ondoria,
biyak tximistak erre zituen,
au da milagru obia;
lendabiziko aita Kiskali,
gero gobernadoria,
arreatatik da Santa Bárbara
suaren defensoria.*

Por los caminos de la leyenda en igual medida que por los de la cotidiana existencia. El rastro bertsolarístico de Xenpelar nos adentra en el corazón rumoroso del pueblo, en esa encrucijada en donde el sabor a gente, a multitud, a esperanzas de vida, a epigramas y a ingeniosas réplicas, se constela. Rueda en la memoria de las olas que el marino sortea la vieja salmodia de los **bertsos** xenpelarianos en igual medida que desde la gleba que el labrador sacude, o desde los bosques en donde el leñador vive sus arduas bregas con los duros árboles, y será una noche el carbonero, que es el hijo tenebroso de Olentzorro, el mágico faraute de buenas nuevas, el que cantará los **bertsos** asombrosos en el claro silencio que ha dejado el canoro regalo del ruiseñor, o rodará de borda en borda su encanto inocente y magnífico entre los pastores que se dedican al lácteo oficio de fabricar quesos junto al llar que es un epitalmio pasional entre el tronco y la llama en donde se consumen... Y después de que el bertso también se haya extinguido dejándonos su unto enmelado, alguien recordará que fue en el invierno de 1869 cuando a Xenpelar, mientras caminaba una vez más con su amigo Muxarro, le llegó el aleve virus variólico que nos lo dejó eterno en su memoria inmortal a esa privilegiada edad de sus 34 años que es, en cierta medida, la edad de los genios...

